

REVISTA IBÉRICA

AÑO I.

MADRID 5 DE AGOSTO DE 1902.

NÚM. 2.

LA EDUCACIÓN DEL FILISTEO

Desde los tiempos románticos viene generalizándose en todas partes, á ejemplo de Alemania, donde la palabra cuenta un abolengo de dos ó tres siglos (1), el uso de llamar *filisteo* al hombre vulgar, basto, prosaico, destituido de ideal é incrustado en la rutina, que así le da hecho el molde de su vida exterior, como el de sus ideas, gustos é inclinaciones. Para Schopenhauer, en su famosa definición de los *Parerga*, el *filisteo* «no tiene necesidades espirituales», y por esto «se ocupa constantemente y del modo más serio del mundo en cosas que no lo son»; para Ihering, en su *Lucha*, «el egoísmo ruin y el materialismo» son los caracteres de este «Sancho Panza»; para Luwroff es «el salvaje de la civilización»; y poetas, novelistas y demás autorizados intérpretes de la conciencia popular, han creado los personajes legendarios de José Prudhomme, Homais, mister Grundy, que representan análogo concepto.

Frente á esta banda, Carlos Moor, Manfredo, Lelia; toda la magnífica procesión de rebeldes, desde Rousseau y Chatterton á los satanistas y anarquistas, afrontan con desprecio el culto de la regla social, propia sólo para el servil rebaño.

Pero esta oposición entre ambos grupos, ¿es tan exacta? Si por filisteo se ha de entender el hombre ingenuo y por excelencia «conformista», que siente, piensa y vive á gusto del grupo zoológico á que pertenece y del que no quiere disonar por ningún precio, ¿son tantas las variedades de filisteos!... Los hay conservadores y reformistas, tradicionalistas y radicales, sentimentales y prosaicos, pacíficos y revolucionarios, mojigatos y ateos, escépticos y jacobinos...

Y el insurrecto, el antisocial empedernido, que precisamente quiere á toda costa disonar y ser tenido por mortal enemigo del linaje humano, ¿no es más persona? ¿No vive asimismo pendiente, como el conformista, del aplauso ó del silbido de la opinión ajena? ¿Pone acaso más empeño que el otro en ser y gobernarse por sí, ó entrega á los demás con igual servidumbre las riendas de sí mismo? Para ambos, la ley del obrar no viene de adentro, sino de fuera; ¿qué más da? Lo esencial del filisteo no está en el contenido de lo que dice ó lo que hace, sino en el valor mental del proceso interior de sus hechos y dichos: ¡una misma fórmula exterior de vida puede significar cosas tan diferentes! Ni uno ni otro de aquéllos mira hacia el espíritu, sino hacia el mundo, que los trae y los lleva á su antojo. No tratan, ni por soñación, de sacar de sus entrañas el individuo trascendental, que todos, aun el más vulgar sujeto, llevan allá en el fondo; sino al contrario, de despersonalizarse hasta el último extremo posible, no preguntándose nunca: «¿cómo viviré yo con-

(1) Véase el artículo *Philister*, en *Meyer Encyklopaedie des allg. Wissens*, Leipzig, 1877.

migo?», sino «¿qué dirían de mí los demás?» Porque no viven de su vida, sino de la ajena, dejando que los otros vivan en su lugar por él, ni trabajan por la obra, sino por la paga. ¡Y qué paga!...

*
* *

Y ahora, ¿qué hace la educación «superior» de la juventud para partear, que diría Costa, ese divino arquetipo de cada hombre en ella, para echarlo del rebaño, ó más bien ayudarlo á que él se salga? Monólogo uniforme del profesor, que por igual se aplica á todas las almas, como un traje de contrata á todos los cuerpos, en vez del diálogo vivo, lleno de espíritu, flexible, en unos y otros, donde la individualidad se abre camino y la respuesta se adapta á la pregunta. Textos uniformes, para aprender en ellos interpretaciones de las cosas, en vez de lecturas libres, varias, que muevan al amor y á la indagación de las cosas mismas. Plan de estudios uniforme y rígido, simétrico, incompatible con toda vocación y perfección. Exámenes, diplomas, premios, notas, oposiciones...

Todo está calculado, ó más bien, automáticamente construido, sin darse cuenta de ello, para el cultivo intenso de la vulgaridad, sea humilde ó turbulenta, para la glorificación del lugar común y de la medianía, para la renuncia de cada hombre á sí propio, y la persecución servil de la individualidad hasta la última trinchera. Y todavía el rebaño se indigna de pensar que cada maestro tenga su idea propia—no fuera malo—, y pide programas únicos, textos únicos, no sé si profesores únicos para toda la nación; y en poco ha estado que no los pida para todos los pueblos que aún hablan ésta lengua española, con la cual se ha removido el alma de los mundos y hoy se dicen tales necedades:

¡Qué ha de salir de semejante enseñanza «superior», sino esos grupos monocromos; ya desteñidos y grises, ya blancos, rojos, verdes, negros, que obran por impulso gregario, mirando siempre al viento, que á la hora corre! Gran milagro es de la naturaleza humana que todavía algún germen de sinceridad personal y austera devoción al espíritu relampaguee en medio de nuestra miseria y pueda resistir y resistir—y hasta de vez en cuando proliferar—á esta campaña de evaporación universal de la vida...

Francisco Giner.

29 Julio, 902.





INTELECTO

DE

AMOR

Ella misma. si fuera capaz de conocerse, de esclarecer con limpio examen en su conciencia lo que es entre lo que parece, nada podría decirme que yo no supiera; por eso á los otros, á cuantos llegan á decirme, bien ó mal intencionados: «¿No ves? ¿No sabes?», no les respondo, como el poeta, «lo sé, pero ¡es tan hermosa!» No es hermosa siquiera, pero también lo sé, y porque sé amo. Para mí su perfidia es inocencia,

su doblez sencillez, su tortuosidad línea recta; prevengo y preveo cuanto piensa y hace; por eso la amo sobre todas las cosas

Es mi obra de arte, obra de arte consciente, total para mi comprensión en todos sus aspectos. Ante ella no padezco indecisión ni duda; impero sobre un mundo superior de inteligencia, y el orgullo de comprender fortalece mi espíritu con alegría de amor. ¡Gran cosa es entender un alma!, dice Santa Teresa. El Amor no huyó ante la lámpara de Psiquis porque fuera luz, la leyenda mitológica, lo dice, sino porque una gota del aceite hirviendo cayó sobre su pecho; es preciso que la luz no tiemble en nuestra mano; todo cuanto esclarece la luz de nuestro espíritu es bello y digno de amor. Obras y acciones nuestras admiradas de todos son remordimiento de nuestra conciencia, porque salieron de nosotros al pasar por nuestra alma, pero no nacieron en ella. Obra de arte consciente, siempre serás nuestra; más nuestra cuanto menos de los demás.

Y este amor mío, que á todos extraña, del que todos se preguntan: «¿Por qué amas?», es mío, porque yo solo sé más de cuanto pudieran decirme, y amo la razón que tengo para no amar,

(Dibujo de R. Marín.)

Jacinto Benavente.

IMPRESIONES DEL MUSEO DEL PRADO

En la nebulosa amalgama de recuerdos é impresiones que conservo de mi visita al Museo del Prado, cuatro figuras —Velázquez, Ribera, Murillo y Goya— se destacan nítidamente, marcando, con sus gigantescas personalidades, toda la poderosa riqueza del arte español

Exceptuando Goya, que es un tipo curioso de decadencia, los otros guardan dentro de su pintura, separadamente, hondos caracteres de raza. Al arte resultante de estos tres grandes maestros, puede considerársele, en conjunto, como la verdadera expresión de las cualidades sentimentales propias de la raza. Parece que los tres se completan, exprimiendo, en variados matices, la naturaleza emotiva del alma española.

Murillo refleja la contemplación, el ascetismo, toda la religiosidad de Andalucía. Se ve en todas sus producciones al hijo de la tierra de *Maria Santísima*. Representa la España católica, la España fanática, que en sus arrobamientos de misticismo religioso, surcaba mares desconocidos, en busca de nuevos mundos para su fe, y asistía devotamente á los crímenes de la más feroz de las Inquisiciones. Es un lírico del amor divino con una rara virtuosidad de pincel.

Ribera, acaso el más grande de todos, en las contorsiones y en los rostros chupados de sus figuras atormentadas, y en la imaginación febril de los suplicios más inconcebibles, es, con todas sus exageraciones, la representación genuina del carácter español de su época. Ideas hiperbólicas en dibujo gigantesco. El colorido es duro, arrogante, con todas las grandiosas cualidades de lo formidable y con todos los defectos propios de lo que es cruel.

Velázquez, sin idealismos místicos ni exageraciones fonambulescas, es un filósofo meridional. Pinta solamente lo que

ve, con la conciencia de un temperamento sano y exacto. Nada le impresiona, á no ser la verdad del colorido y del dibujo. Sin pasiones, sin deseos fuertes, es un artista que copia la Naturaleza sin interpretarla.

Estas figuras que gallardamente se destacan en el inmenso horizonte del Arte español, son las diversas formas del sentimiento meridional, marcando, en una efloración exuberante de arte, la época de mayor grandeza de este pueblo. Con la decadencia material, la pintura decae también en un emborronamiento insano, en un letargo profundo, donde la mefistofélica figura de Goya pone claridades fosforescentes. Cuando el desastre era mayor, surge esta bizarra figura, que parece querer llenar el mundo con toda su febril agitación de epiléptico. Es un pintor decadente el formidable ironista de la caída del Imperio de Carlos V.

Sin maestros y sin discípulos, Goya es una figura única en su vida privada y artística, la una reflejo fiel de la otra. Extravagante en todo, pasando la vida de la taberna al palacio, de los bailes á los toros, producía por una necesidad crítica de su morbosidad artística. Escalpeló la sociedad de su tiempo, inventariando en una larga labor de acerba ironía toda la gama de las podredumbres humanas. Su obra, de una variedad fantástica se explica por la agitación febril de toda su vida, hija de la inquietud constante de su espíritu. Impelido por la locura del movimiento, incapaz de permanecer durante algún tiempo en una misma situación, sus obras son, las más de las veces, incompletas, emborronadas á prisa, como relámpagos de genio á los que sucede la obscuridad más completa. Sus trabajos de ironía fueron casi siempre trazados después de un desastre financiero ó de

una desventura amorosa. Su pesimismo enfermizo y su organización doliente le dieron cierto sabor agrio, unido á algún sentido filosófico. Filósofo ligero, sin profundidades germánicas, leve, á flor de asunto, anota la vida, al margen, ya en una carcajada satánica, ya en una sonrisa bestialmente cínica, de salvaje. Imaginación macabra, hizo de la existencia una alegoría ridícula y horripilante, tal cual la pintó Llorena en su cuadro *Goya*.

Aquí acabaría la documentación á grandes rasgos del arte antiguo español, si ahora no hubiese aparecido una nueva escuela que, volviendo desdeñosamente la espalda á Velázquez, el pintor del aire, y á Ribera, el pintor del claros-

curo, busca en el Greco la fuente de sus inspiraciones. Esta regresión, propia de toda época de decadencia, se explica con fundamento, por el desconocimiento de los procesos del uno y de los otros, y por la falta de comprensión para distinguirlos. Velázquez, para quien la tela es todo, haciendo girar en una larga armonía de movimiento sus figuras, dentro de atmósferas amplias; y Ribera, para quien la tela no significa nada, amontonando figuras salientes como altos relieves de iluminaciones sombrías, serán (siempre que el arte sea lo que deba ser, un realismo flagrante, y no una policromía fantástica de colores) los verdaderos y únicos maestros del arte pictórico español.

Alvaro Xavier de Castro,

POESÍA NUEVA



RIVEIRO DE CARVALHO

(Dibujo de R. Martín.)

LENDA PORTUGUEZA

Em certo Castello antigo,
Perto das aguas do mar,
Uma Princeza reinou,
Que mais não poudo reinar;
Nasceu em signo de estrellas,
Com ellas cresceu a par;
Encheu-a o sol do seu brilho,
Foi-lhe padrinho o luar!
Quem a via suspirava,
N'um extranho suspirar:
—Lindo corpo para santa,
Quem te visse n'um altar!—
Era o Arco da Alliança
Que todos viam raiar;
O ceu cobriu-a de benções.
E Iris lhe foram chamar.
Mas foi crescendo a princeza,
E, caso bem singular:
Os olhos, dois sóes a arderem,
O peito, frio a gelar.
Desgraça que presentisse
Logo a havia de curar;
E ao vel-a todos corriam:
Era a santa do logar.
Só peito que desse entrada
Ao fogo d'aquelle oihar,
Nada mais da vida esperava,
Nem tinha mais que esperar.
Cavalleiros das Cruzadas
Sem iguaes no pelejar,
N'essas pelepas de amor
Logo a morte iam achar:
De forma que não havia
Já choça nem alcaçar,
Onde Iris não fosse tida
Como fatal no amar.

Longe esta fama chegou,
Maior não poudo chegar:
Trovador que tal ouviu
Logo se poz a scismar.
Guitarra de sete cordas,
Sete espadas de matar.
Ao peito levou, partindo
Para nunca mais voltar
Foi-se em cata da Ventura
Em um doido aventurar;
Em Iris pensára, um dia,
Nada mais poudo pensar.
Sete dias caminhou,
Sete noites sem parar,
Até ver o alto Castello
Erguido á beira do mar.
—Castello das Torres de Oiro,
Quem te pode conquistar?—
(E em volta só via covas,
Talvez lá fosse a enterrar...)
—Não trago gente nem armas,

Nem broqueis de batalhar
Tenho só no peito aberto,
Um coração para dar.—

A voz ergueu ao depois
E a guitarra fez chorar:
—Quem canta para esquecer,
Mais lhe valéra acabar!
Amor que vive em segredo,
Sem de amor se revelar
E' sete vezes mais triste,
Mais de soffrer e matar;
Porque a porta da Ventura,
Já sonhada ou por sonhar,
E' tanto mais desejada
Quanto mais custa a passar!—

Calou-se a voz de cançada,
Outra voz se ouviu soar:
—E a Ventura são bem poucos
Os que a podem alcançar...—

Não a alcançou o Romeiro,
Quê em pouco se viu finar;
Morreu a vida n'um peito,
Não morreu o bem-amar.
Noite alta, junto ao castello,
Quem por lá se aventurar,
Ouve ainda o trovador,
No seu eterno trovar:
—«Castello das Torres de Oiro,
Quem te pode conquistar?
Castello das Torres de Oiro.
Ando por ti a penar!»—

E' que o supremo destino
Quiz neste caso provar,
Que a Morte nunca matou
Quem na vida soube amar...

Ribeiro de Carvalho.



LOS SIETE DURMIENTES

I

Al anochecer, bajo una luna de estío, tres pastores descendían del monte Celio, detrás de un rebaño.

Sonaban las esquilas angustiosamente. De cuando en cuando los perros negros deteníanse, desconfiados, junto á la boca de las minas de agua, que la luna poblaba de fantasmagorías. Abajo fulguraba la ciudad de Efeso, lamida por las aguas del Caistro, cuya plata efervescente iba á perderse en el mar vago, lleno de neblinas.

—¡Mirad!—dijo uno de los pastores.—El palacio imperial está todo iluminado... Bien os lo decía yo: Decio llegará mañana.

De pronto, en un recodo de la pedregosa vereda, los tres se quedaron inmóviles, lívidos de pavor. Al mismo tiempo los perros comenzaron á ladrar furiosamente, como si una manada de lobos hidrófobos atacase el rebaño: aterrizando á los pastores y á los perros, siete fantasmas blancos oraban, de rodillas, sobre un alto peñasco.

El más joven y vigoroso de los zagales disponíase á avanzar, decidido y hostil hacia el extraño grupo—que parecía de ármol—, cuando de repente soltó una desdeñosa carcajada:

—¡Son los siete cristianos!

Con la boca todavía fruncida por la risa volvióse á sus compañeros, y riéndose todos de aquel ingenuo susto corrieron al alcance del rebaño, que iba ya lejos, perdiéndose en un bosque de cipreses.

Maximiano, Malco, Marcio, Dionisio, Juan, Serapio y Constantino, los siete cristianos que oraban al fulgor de la luna, eran siete mancebos de diez y seis á diez y nueve años, enflaquecidos por la penitencia, pálidos, de ojos tímidos y

profundos. Sus figuras tenían cierta gracia femenina, y las manos claras, cuyos dedos conservaban aún señales de anillos y restos de aromas exquisitos, atestiguaban la delicadeza de su origen. Todos ellos eran efesios.

Habitaron palacios de mármol, durmieron en lechos de plumas, arrastrando túnicas recamadas de gemas, por el mosaico de peristilos monumentales, donde los surtidores cantaban entre arbustos de Arabia.

Nuestro Señor Jesucristo se apareció una noche á Maximiano, el más joven y el más pálido de los siete, y le dijo:

— ¡El oro es del color del fuego, que todo lo consume: los que tienen ojos verán en él las llamas del infierno! Si quieres reclinar la cabeza en mi seno, coge tus riquezas y distribúyelas entre los pobres. Despierta á tus amigos y diles que hagan otro tanto. Sigue con ellos por el camino



de la humildad, y juntos llegaréis á las puertas del cielo...

Apenas desvaneci6se la divina visi6n, Maximiano fu6 de puerta en puerta despertando á los amigos que dormían en el error; pero casi todos lo recibieron con mofas y desdenes, afeminados por una existencia de depravados refinamientos. Sólo seis se decidieron á acompañarlo. Los siete abandonaron sus palacios, distribuyeron su riqueza, retirándose á la soledad, donde vivían en éxtasis, visitados por los ángeles y protegidos por los leones, que á sus ojos se tornaban mansos como corderos.

Mientras Felipe vivi6 los siete cristianos continuaron sus prácticas espirituales sin que nadie los molestase; pero así que el Senado reconoci6 á Decio por Emperador, aquella dulce paz trocóse en los más duros martirios. El implacable Decio molest6 á los cristianos con toda suerte de tormentos: fu6 ésta la séptima y la más cruel de las persecuciones. Siempre que aquellos elegidos del Señor descendían á la ciudad, los paganos cebaban en ellos su entrañable odio, lapidándolos, llenándolos de vituperios y ofendiendo sus castos ojos con torpes imágenes ithifálicas. Ellos, por el contrario, pagaban la acrimonia con cariño, sonriendo á los que los apedreaban. ¡Sus defensas eran espadas de inocencia y puñales de amor!

Se extinguía á lo lejos el angustioso rumor de las esquilas. Maximiano se levant6 y dijo á sus compañeros:

—El Emperador llegará mañana. ¡Mirad! Su palacio está iluminado... Decio aborrece á los cristianos. Nos mandará matar si nos ve. ¡Preparémonos para el martirio que habrá de conducirnos á la presencia de Dios! No nos escondamos ni aguardemos á que él nos descubra. Presentémonos ante sus ojos.. Levantados y entremos en la ciudad.

Se alzaron tod6s, é iban á seguirlo, cuando Dionisio exclam6:

—Nada tan dulce como el martirio si éste nos ha de granjear la eterna gloria. Mas si voluntariamente buscamos la muerte, seremos unos egoístas, preocupados sólo de la felicidad propia. Todavía no hemos trabajado ni sufrido bastante para merecer los supremos regalos de la bienaventuranza. En vez de buscar la muerte debemos huir. Sólo así podremos servir al Señor, convirtiendo á los que caminan por atajos perversos, consolando á los tristes y socorriendo á los enfermos...

—Quizá tengas razón, Dionisio—dijo Maximiano—; mas si esta ansia de muerte que todos sentimos no fuese conforme á la voluntad de Dios, Él no la hubiera hecho germinar en nuestras almas...

—Si el Señor nos muestra caminos diversos—añadi6 Dionisio—, es para decirnos que debemos recogernos en la meditación antes de preferir cualquiera de ellos. Es preciso vivir, porque vivos aumentaremos el número de los fieles, mitigando muchos infortunios; al paso que, buscando la muerte, sólo alcanzaremos la conquista de las delicias celestiales... No es justo que, por amor á nosotros, olvidemos la gloria de Dios y la suerte de nuestros hermanos.

—Te engañas—replic6 Maximiano—. Nuestra muerte servirá al Señor. La sangre derramada ablandará los corazones más duros.

Estas palabras, dichas con voz de iluminado, profundizaron en los espíritus. Dionisio tom6 una expresión de resignada aquiescencia, y los otros, arrodillándose de nuevo, clamaron llenos de entusiasmo, fijos los ojos en las estrellas:

—¡Señor, dadnos paciencia y valor!

Marcio, ardiendo en fiebre, decía oír coros de ángeles que cantaban muy cerca... Y, todos de blanco, los siete, comenzaron á descender el monte Celio, camino de la ciudad, tropezando y cayendo á cada instante; ¡tan enflaqueci-

dos estaban por las maceraciones y los ayunos!

II

Los godos, como un simoún infernal, habíanse precipitado furiosamente sobre la Iliria, la Tracia y la Macedonia, donde corrían danubios de sangre. Prisco, comandante de las legiones imperiales, coaligándose traicioneramente con el enemigo, se hizo proclamar Emperador. Entonces Decio mandó á su hijo contra los bárbaros capitaneados por Prisco; pero las derrotas del Príncipe fueron tan ruidosas que el Emperador, al saber que Filipolis había sido tomada, vino en persona, con tanta suerte, que consiguió desbaratar los ejércitos rebeldes.

Antes de regresar á Roma, Decio, ansioso de descanso, resolvió pasar algunos días en Efeso, linda y voluptuosa ciudad donde los laureles rosa estaban siempre floridos y donde las costumbres eran sensuales, lánguidas y perezosas...

Llegó al amanecer, é inmediatamente fué al templo de Diana Artemisa, que, á pesar de la ambiciosa locura de Eros-trato, conservaba aún la magnífica solemnidad de sus ciento veintisiete columnas jónicas, en medio de las cuales, vencedora de las llamas, fulgía la estatua de la diosa labrada en oro macizo.

El tirano había pasado la mañana en la bahía de Efeso, bajo el toldo de una góndola, oyendo cantar á dos doncellas de Misytra—patria de las más hermosas mujeres—y bebiendo claros vinos griegos en ancha copa de amatista, en el fondo de la cual, grabado bajo una figura de Baco, había un epigrama de Platón el joven.

Cansado de música y de vino mandó remar hacia la ciudad, donde la multitud, á la sombra de los laureles, danzaba y reía. El día de su llegada coincidió con el de las Targelias fiestas en honor de Apolo y Diana, que por esta coinciden-

cia habían sido preparadas con excepcional esplendor.

Decio se reclinó en un suntuoso lecho, colocado en la terraza imperial, protegido por un velario de seda verde franjeado de oro, y sostenido al aire por lanzas y alabardas. Dos esclavos, á compás de los gemidos de las cítaras, agitaban suavemente grandes abanicos de plumas.

El Emperador, coronado de hiedra, tendido desmayadamente como un ebrio, mascaba una raíz aromática, mientras la multitud, allá abajo, aplaudía loca de entusiasmo.

Cuando las clepsidras marcaron la hora nona, un gran clamor resonó en toda la ciudad. Decio levantó un poco la cabeza, alargando la mirada, y divisó á lo lejos un cortejo que descendía del templo de Diana, al son de un melodioso canto que las flautas acompañaban.

El cortejo entró finalmente en el gran paseo, que el palacio imperial ensombrecía. En dos andas, cubiertas de coronas y de flores deshojadas, venían las estatuas de Apolo y de Diana, la una enfrente de la otra. Detrás caminaban humildemente los *hombres malditos*, destinados á la purificación, que iban á ser expulsados de la ciudad, y á quienes las sacerdotisas de Diana fustigaban con ramos de higuera. Decio miraba todo con indiferencia de ídolo: los vapores del vino habíanle producido un completo agotamiento de la atención, un ansia de sueño. . Así, cuando las flautas del ritual y la voz de las sacerdotisas comenzaron la famosa *cradies-nomos* del poeta Minnermos, se adormeció, mecido por aquella música solemne y dolorosa.

Al despertar era casi de noche. Despe rezándose, ciñóse la corona de hiedra que le tapaba los ojos. Después mandó colocar la mesa de la cena en aquella terraza donde el aire era blando y tibio, y se fué al baño aromático, seguido de los esclavos, que incansablemente agi-

aban sus grandes abanicos de plumas.

Cuando reapareció venía tan lleno de joyas que parecía Heliogábalo. Carbunclos, esmeraldas, rubíes, obsidianas, perlas y diamantes cubríanlo de pies á cabeza; traía anillos hasta en la raíz de las uñas, los brazos llenos de pulseras y los tobillos ajustados por perisciles de oro que sonaban como campanillas.

Iluminada por doce lámparas de plata, la mesa resplandecía de cristalería y de metales; cada bandeja, fulgurando como un sol, recordaba aquella preciosísima que la madre de Salomé fué á buscar al tesoro subterráneo del Tetrarca de Galileo, Herodes Antipas, para depositar la cabeza del Bautista. Alrededor de la mesa sangraba la púrpura de los lechos y ardían los bordados de los almohadones, llenos de finas plumas de cisne.

Decio y sus convidados reclináronse en los lechos: el Emperador colocóse entre las doncellas de Misytra, de cuyos cabellos, empolvados de plata, flotaban arácnidos velos de Laconia, y en cuyos senos de mármol ardían úlceras de piedras preciosas.

Las cítaras comenzaron á gemir. Aparecieron doce esclavos alejandrinos que coronaron á los veinte convidados con guirnalda de hiedra y verbenas, al mismo tiempo que otros doce, de la Nubia, llegaban con jarros de oro, llenos de agua perfumada, para las abluciones preliminares.

Las cítaras gemían siempre, ritmando los movimientos de los esclavos...

En el cielo había una maravillosa regata de estrellas candentes.

Decio tomó una enorme copa de lapislázuli, y, después de beber, la hizo circular de mano en mano; pero aún no había dado una vuelta completa cuando un extraño tumulto hizo levantar sobresaltados todos los rostros, apagando todas las voces. Las cítaras enmudecieron de pronto, y el Procónsul, Claudio Rufo, que iba á beber, dejó caer la sun-

tuosa copa, que fué á partirse sobre el mosaico...

De bruces en los balaustres de la terraza, todos los convidados pudieron ver abajo, en la plaza, á los siete cristianos vestidos de blanco, huyendo, perseguidos por la multitud, que los cubría de insultos y los apedreaba con bárbaros refinamientos de crueldad.

Aquella tarde algunos antiguos compañeros de los siete cristianos habíales preparado una celada. Uno de ellos fué á ver á Maximiano y le dijo:

—Están en Efeso siete pobres cristianas á quienes el Emperador Decio mandó arrancar los ojos, y que oyendo alabar tus virtudes y las de los que te siguen, desean ardientemente conoceros.

Calma su ansiedad. Podéis ir á verlas al caer la noche. .

Y le indicó una morada.

Al morir la tarde, profundamente conmovidos por la suerte de las siete mártires, que los estaban aguardando, Maximiano y sus compañeros llamaron á la puerta indicada, que se abrió, gimiendo como si realmente protegiese un gran infortunio; mas apenas entraron, en vez de siete desgraciadas sin ojos, vieron siete mujeres de pupilas lánguidas y malignas, siete mujeres diabólicamente hermosas, en cuyos cabellos centelleaban rubíes y de cuyos dedos desprendíanse lúbricos perfumes.

Los cristianos huyeron de ellas como de siete perros rabiosos; pero el populacho que los aguardaba á la puerta, prevenido de la celada, comenzó á perseguirlos, injuriándolos y lapidándolos. Por fortuna, la puerta de las Piscinas estaba aún abiertas, y los siete manebos consiguieron refugiarse, ensangrentados, mas con vida, en las dulces y misteriosas soledades del monte Celio.

Cuando todo quedó sereno preguntó Decio al Gobernador de la ciudad:

—¿Quiénes eran aquellos siete jóvenes?

—Siete cristianos que abandonaron todas sus riquezas y que por castos huían de siete mujeres que querían conducirlos á sus lechos.

—Démosles un día para que reflexionen; pero si después de mañana no reniegan de su Dios y adoran los nuestros, que sean crucificados...

El Gobernador abrió entonces el grifiario que traía á la cintura, y con el estilete escribió en una tablilla encerada una apuntación ligera.

El festín continuó ruidosamente... Y al amontonar Decio en una bandeja esmaltada las primicias del primer plato para llevarlas al día siguiente al altar de Diana, todos los convidados, después de una copiosa libación y de una desconcertada agitación de ramos de laurel y de mirto, entonaron un cántico tradicional á compás de las liras.

III

Al atardecer del día siguiente, los siete compañeros, que desde la víspera no habían hecho sino rezar, agradecidos al Señor que les había dado fuerzas para salir del monstruoso infierno en que habían caído, sintiéronse desfallecer de hambre... Sus sacos estaban vacíos, y de los árboles que por allí daban sombra no pendía un fruto siquiera.

Malco, que era el más resuelto, levántose y dijo:

—Esperad un poco... Iré á la ciudad y traeré de ella lo que nos sea preciso...

Y cubriéndose de harapos, sucio de tierra, simulando un mendigo, comenzó á descender el monte, camino de Efeso.

Al verlo desaparecer exclamó Dionisio:

—Por lo que ayer hemos oído, Decio pocos días se detendrá en la ciudad. Así que él parta, dejarán de perseguirnos ó, por lo menos, nos perseguirán más blandamente. De suerte que muy en



breve comenzaremos nuestra tarea de convertir infieles...

—Si no fuera por la celada que ayer nos tendieron—dijo Maximiano—, tal vez á esta hora estuviésemos ya en la gloria del Señor. Mi plan consistía en ir á situarnos frente al palacio imperial y entonar un cántico cristiano apenas Decio apareciese en la terraza. El Emperador, irritado por nuestro valeroso desafío, no tardaría en mandarnos crucificar... ¡Ah! ¡Qué deliciosa y gloriosa muerte si expirásemos en una cruz como Nuestro Señor Jezucristo! ¡Pero ay! ¡Aquellas siete diabólicas mujeres nos obligaron á huir como unos cobardes, y, huyendo de ellas, huimos del martirio que ambicionábamos! ¡Aquí estamos aún miserablemente vivos!

—No deploras nuestra suerte—dijo Dionisio—; si estamos vivos, es porque el Señor quiere que vivamos.

Pero Maximiano, arrodillándose de nuevo, con los brazos abiertos, clamó mirando al cielo:

—¡Oh Jesús adorable, preparadnos el más doloroso de los martirios para que seamos dignos de vuestro amor; consentid que suframos todos los dolores que Vos sufristeis; haced que nuestra

sangre corra en ondas, y que nuestros cuerpos se tornen tan llenos de heridas que parezcan jardines de rosas!

Los otros, incluso Dionisio, arrodilláronse también y clamaron:

—¡Oh, Jesús adorable! ¡Deja que nos martiricen!

Y de rodillas, inmóviles, empezaron á orar pensando voluptuosamente en toda suerte de suplicios: en la hoguera, en la cruz, en la lapidación.

Ya la luna iba alta cuando Malco regresó pálido, desfigurado, los ojos doloridos, las manos trémulas. Su expresión y su actitud inquietaron vivamente á sus compañeros.

—¿Qué nuevas traes?

Malco, dejando el saco de las provisiones, respondió:

—Están levantando enfrente del palacio siete cruces donde mañana seremos crucificados; por lo que oí, vendrán á prendernos esta madrugada.

Maximiano no pudo ocultar su alegría:

—¡Bendito y alabado sea Dios!

Pero Dionisio habló así:

—Oyeme un momento, Maximiano. Si Dios nos avisa con anticipación lo que va á sucedernos, ¿no será para que, aprovechando este aviso, huyamos de nuestros perseguidores?

Los siete se miraron perplejos.

—Si ambicionamos un gran premio —continuó Dionisio— debemos ganarlo con un sacrificio grande, y no hay sacrificio que pueda compararse al de vivir. Los odios queman más que las llamas, las traiciones hieren más que los clavos y las ingratitudes lastiman más que las piedras. En la hoguera, en la cruz ó en el fondo de una cisterna se muere á prisa, y la muerte, según dicen, llega á ser voluptuosa; por el contrario, el suplicio de vivir es lento, cada vez más cruel, cada vez más insoportable: el corazón no estalla de repente: va rompiéndose poco á poco.

—Tienes razón Dionisio—dijo Maximiano—. ¿Qué debemos hacer?

Dionisio respondió:

—¡Huir! Tomemos algún alimento, durmamos algunos instantes, y al sentirnos con fuerzas, huyamos por esos montes.

Terminada la pequeña refacción, los siete entraron en una honda cueva cavada en las entrañas del monte. Acostáronse y se adormecieron en un sueño profundo.

Cuando los soldados de Decio llegaron á aquel sitio, ya la mañana era clara. Los siete cristianos dormían pacíficamente.

Uno de los soldados dijo á sus compañeros.

—Quedaos aquí de guardia mientras yo voy á la ciudad. Si el espectáculo de siete crucificados puede intimidar á algunos cristianos, también es cierto que exalta la fe de los más y produce repentinas conversiones. Creo, pues, que el prestigio de nuestros dioses ganaría muchísimo si en vez de crucificar á esos siete mancebos tapáramos la cueva donde están durmiendo. Así su muerte sería menos ruidosa y más terrible. Voy á decir esto á Decio. No demoraré mi vuelta.

Se fué. Cuando regresó, al amanecer, los siete cristianos dormían aún.

—Decio aprobó mi idea—dijo el soldado.

Y sin pérdida de un momento comenzaron á tapar la cueva con grandes piedras, entre las cuales dejaron algunas tiras de cuero de rinoceronte donde estaba grabada la descripción del martirio y de donde pendían sellos de plata con la efigie y el nombre del Emperador Decio.

Finalizado el trabajo, los soldados volvieron tranquilamente á Efeso, pisando, bajo un sol ardiente, sombras de palomas blancas que cruzaban el aire...

IV

Ciento cuarenta y cuatro años más tarde, ocupando el trono bizantino el

muy piadoso Emperador Teodosio *el Grande*, apareció la herejía de los que negaban la resurrección. Herido en su valerosa fe, Teodosio comenzó entonces á entristecer, martirizándose día y noche con cilicios, orando, derramando ríos de lágrimas.

Por aquel tiempo un hombre de Efeso que tenía muchos ganados, mandó edificar en el monte Celio una gran choza para abrigo de sus pastores. A mitad de la obra, comenzó á faltar la piedra. Y los pedreros pensaron en utilizar la que había sido empleada por los soldados de Decio cuando emparedaron á los siete cristianos. La demolición del muro quedó terminada en un dulce atardecer de verano. Apenas los pedreros se marcharon, los siete mancebos, que no estaban muertos, sino adormecidos, despertaron del prodigioso sueño en que el Señor los había sumido. Se saludaron como si hubiesen dormido algunas horas únicamente, ignorando por completo el gran milagro que en ellos se operara.

Enteramente alucinado Maximiano, después de haber observado el cielo, dijo:

—Por la altura de la luna veo que hemos dormido muy poco... Podemos descansar algunas horas más, porque los soldados de Decio sólo vendrán de madrugada y aún no ha llegado la media noche.

—Descansar á vuestro gusto — dijo Malco — mientras yo vuelvo á la ciudad á buscar provisiones para la fuga, pues como veis nuestros sacos están vacíos y no sabemos por qué descampados tendremos que andar.

Malco partió. Sus compañeros quedaron orando.

Iba Malco á entrar en la ciudad, cuando se asombró al ver una cruz de piedra sobre la puerta de las Piscinas. ¿Sería un milagro, ó estaría soñando? Y Malco la miraba maravillado y suspenso. Dulcemente agitado entró en la ciudad; pero

allí nuevos espectáculos sorprendieron sus ojos perplejos. Las calles estaban muy cambiadas; no conocía los palacios ni las personas que encontraba; en vez de templos paganos sólo veía iglesias, ante las que se inclinaban respetuosamente los transeúntes.

—¿Qué ciudad es ésta? — preguntó Malco á un anciano.

—Esta es la ciudad de Efeso.

Dudando de lo que veía, juzgándose dominado por una inexplicable alucinación, Malco caminaba, cuando vió luz en una pequeña tienda. Entró á comprar algunos panes.

—Mirad — dijo el vendedor, mostrando á los que estaban en el establecimiento los seis óbolos que Malco le entregó —, este mancebo acaba sin duda de encontrar algún rico tesoro. Ved si no estas monedas.

Las monedas pasaron de mano en mano.

—¿Cuándo hallaste el tesoro? ¿En qué sitio lo hallaste?

Y como Malco porfiase en decir que ningún tesoro había encontrado, sujetáronlo con una cuerda y lo llevaron á presencia de Antipáter, Gobernador de la ciudad, que estaba en su palacio con el obispo S. Martino.

Allí Malco confesó que había recibido aquel dinero de su padre, cuyo nombre indicó; mas como nadie tuviese de él conocimiento, comenzaron á considerarlo como un embustero amedrentándolo con la prisión.

—¿Dónde está Decio? — preguntó Malco.

—Hace mucho que murió.

—¿Por qué me engañáis? ¿Cómo es que Decio murió hace mucho si ayer mismo mandó levantar siete cruces para crucificarnos á mí y á mis compañeros?

Malco comenzó entonces á contar cómo Decio los había perseguido; y sus palabras eran tan cándidas, tan dulces y tan convencedoras, que todos dejaron de mirarlo como á un embustero, pasando á considerarlo como un ser sobre-

natural. Cuando Malco acabó de hablar, díjole Antipáter:

—Si todo eso es verdad, llévanos á la cueva donde están tus compañeros.

—¡Venid!—exclamó Malco.



Y partió al frente del Gobernador, del obispo y de otras muchas personas que lo seguían á la roja luz de las antorchas.

Apenas percibieron el rumor de los pasos y el fulgor de las luces, los seis durmientes, que se miraban inquietos por la tardanza de Malco, postráronse en tierra, juzgando llegada su hora última. Grande fué su sorpresa cuando, en vez de los crueles soldados de Decio, vieron aparecer pacíficas personas, siguiendo respetuosamente á un santo obispo, cuya cruz de piedras brillaba bajo la nieve de sus barbas, y cuya mitra resplandecía como un distante cimborrio al Poniente.

Malco gritó á sus compañeros:

—¡Alabemos al Señor, hermanos míos, que nos escogió para pregoneros de su omnipotencia! Hemos dormido ciento cuarenta y cuatro años y nos hallamos como si solamente hubiéramos descansado una hora. ¡Demos gracias al Señor!

Todos se postraron en adoración, golpeando los pechos y lanzando vibrantes exclamaciones.

S. Martino volvióse á los que lo seguían, y dijo:

—¡Arrodillémonos también y oremos. ¡Ved cómo el tiempo, que todo lo vence, fué vencido por estos mancebos! Mirad: sus rostros son como rosas...

Mientras todos daban gracias á Dios por tan singular maravilla, Antipáter halló entre los escombros las tiras de cuero de rinoceronte donde Decio había mandado grabar su cruel sentencia. Leyólas el Gobernador con manifiesto espanto, y después que las hubo hecho pasar de mano en mano, él, que hasta entonces había dudado, arrodillóse como los demás.

Al saber esto el Emperador Teodosio, fué á visitar á los *siete durmientes*, les besó los pies con humildad y les entregó todas las preciosas joyas que sobre sí traía para que las repartiesen á los pobres. Hallando aquella caverna más suntuosa que su palacio de Bizancio, aquel suelo más blando que su lecho de oro y púrpura y aquel duro pan más sabroso que los refinados alimentos que á diario le servían en gemados platos de oro, allí permaneció tres días; al fin del tercero, los *siete durmientes* comenzaron á palidecer, y murieron suavemente, como si se adormeciesen.

Por orden de Teodosio sus cuerpos fueron encerrados en ataúdes de oro.

Eugenio de Castro.

IDILIO PEDAGÓGICO

¿Quién duda ya á estas horas de que en primer término la causa más inmediata de nuestra actual catástrofe ha sido la ignorancia? Por ignorantes somos pobres é inmorales, y por ignorantes hemos dado y estamos dando al mundo uno de los espectáculos más vergonzosos de la historia. Pues todavía hay algo más desconsolador y deprimente que esta ignorancia: la incapacidad en que después del desastre nos hallamos para salir de ella. Fieles á toda nuestra imbécil política contemporánea, en que por milagro se ha visto á la educación y á la enseñanza figurar, como no sea vergonzosamente arrinconadas, y á última hora, en vísperas ya casi de la ruina, en ninguno de los innumerables y ruborizantes manifiestos de partido; y como consecuencia de este criminal abandono, no tenemos hoy conciencia clara ni de nuestro atraso brutal—que no merece otro nombre,—ni de la magnitud é intensidad del remedio que exige; y por carecer de esa conciencia es por lo que nos falta corazón para indignarnos y voluntad para decidimos inmediatamente á barrer tanta miseria. He aquí los hechos. ¿Qué es lo más saliente, casi lo único que á la opinión pública, en sus timoratos ensayos de reforma (si excluimos el programa de Costa) se le ha ocurrido pedir para salvar la primera enseñanza? ¡Hacerla obligatoria! ¡Felicísima ocurrencia y admirable simplicidad! ¡Si no hiciera llorar de dolor, debería hacer desternillar de risa! Pero los respetables peticionarios, ignoran todavía que la instrucción primaria en España es obligatoria desde 1857 por «solemne» ley del reino? Y cuando, á pesar de las multas que la misma ley establece, y confirman, no sólo el Código penal, sino multitud de disposiciones ministeriales tan bien intencionadas (?)

como miopes, hay todavía á la fecha, de entre los cuatro millones (no completos) de niños de tres á doce años que el censo señala, dos millones y medio que no reciben enseñanza de ningún género, ¿no es hora ya de pensar, para perseguir la ignorancia, en algún remedio más eficaz que el consabido tópico de la enseñanza obligatoria, de que con tanto éxito venimos disfrutando hace ya cuarenta años?

Y hacen bien esos dos millones y medio de niños en no ir á la escuela, y sus padres obran muy cuerdate en no enviarles. Porque si un día se les ocurriese obedecer nuestras sabias leyes, perderían el tiempo, y, lo que es más grave, la salud, como pierden ya ambas cosas gran parte de sus aplicados compañeros. Perderían el tiempo, porque no hay en España, ni escuelas en qué meterlos, aunque fuese almacenados, ni suficiente número de maestros para educarlos de verdad; y perderían la salud, porque los que malamente cupiesen irían á envenenarse en el pestífero ambiente de unos locales infectos, donde hoy mismo están ya hacinados los niños que asisten, y con el tiempo y la salud perderían también la alegría y la despertada curiosidad, que en estas condiciones no tardan en cambiarse en rutina servil y en horror á la escuela.

Mientras no haya maestros, pero muchos maestros, dignamente retribuidos, eso sí, según sus merecimientos, y locales, pero muchos locales, *baratos*, limpios y aireados; y mientras no se gaste en ello muchísimo más dinero del que ahora se gasta, todo quedará lo mismo que está, aunque sigamos recreándonos con la música celestial de la enseñanza obligatoria. Bonito recurso, sobre todo práctico y positivo, para regenerar la educación del pueblo, cuando tenemos

800 maestros con menos de 125 pesetas de sueldo (¡los hay con 75!); más de 2.000 que cobran sólo 250; 8.000 que no pasan de 500... ¿a qué seguir? ¿No es esto ya bastante sangriento? Si no se puede gastar nada para poner remedio á estos bochornos y «hacer país», por el único camino que hoy se conoce, callémonos y desesperémonos en silencio; pero que aprendan los novísimos reformadores que hay algo más de substancia que pedir y más inmediata que la enseñanza obligatoria y gratuita.

Y en la superior, ¿a qué se aspira? ¡A la disminución de Universidades! No se puede ser, ni más modesto en las pretensiones, ni más ciego. ¿Es por economía? ¡Pues si las Universidades—vergüenza da decirlo—son casi una fuente de ingreso para el Estado! Será, sin duda, que nuestras grandes desdichas nos vienen de nuestra mucha ciencia; que tenemos plétora de saber y nos sobran focos de cultura... Que no son las Universidades tales focos, esto ya es sabido; que están mal—aunque ni un ápice peor que todos los demás organismos—, tan rematadamente mal, que es permitido dudar de si padecería algo la cultura del país el día en que todas se cerrasen. Suprimánse en buen hora; pero todas; pues por cerrar unas cuantas, ¿van á alcanzar las restantes el rigor científico, la vitalidad corporativa y el influjo social de que hoy carecen? Es más fácil echar cuentas regeneradoras á ojo de buen cubero, que señalar los medios de reanimar nuestras moribundas Universidades. Y, sin embargo, ó hay que sanearlas de raíz, enviando maestros y estudiantes á aprender á vivir donde hay vida, ó dejarlas morir poco á poco, creando nuevos organismos que puedan llegar á hacer lo que ellas no hacen. La supresión de algunas, ¿qué remedia? Y en la esfera oficial, el mismo desconoci-

miento, idéntica falta de adecuación entre necesidades y remedios. ¿Qué se ha hecho al cabo en este año terrible? Unas cuantas reformas de pormenor, cambios de nombre, provisiones de vacantes, aumento ó disminución de exámenes, asignatura ó año más ó menos. Todas, como si estuviéramos en el mejor de los mundos pedagógicos, y como si no fueran los principios mismos y las bases las que hay que remover. De formación del personal, sólida, científica, rápida, intensa, como pide la urgencia del caso, por ser la única garantía de éxito de toda reforma, nada. De inspiración, siquiera de lejos, en aquellos elementos que han formado la indiscutible «superioridad de los anglosajones», nada... Nada, por último, de seguir en planes, métodos, programas, la senda por donde han ido los pueblos superiores, y sin entrar por la cual continuaremos siendo frente á ellos una excepción vergonzosa. En cambio, el mismo engañoso convencionalismo de siempre, igual fomento del seudopatriotismo, de la eterna y falsa leyenda que nos ha perdido. ¿Se puede concebir que en la discusión del presupuesto, ya en plena guerra y en medio del desastre, haya el Gobierno sostenido que no estamos tan mal en primera enseñanza, puesto que allá nos vamos con Inglaterra en número de escuelas?

Pues pasó, ¡y sin protestas! He aquí ahora las cifras para juzgar del fundamento: Maestros en España, 30.000, para unos 18 millones de habitantes; en Inglaterra y Gales (sin Escocia ni Irlanda), 130.000, para otros tantos; alumnos, 1.100.000, por 5.500.000; gastos, 26.500.000, para 158 millones de francos. ¿No hay razón para afirmar que con tales elementos hace falta un milagro para sacarnos de este pantano?

Manuel B. Cossío.



(Dibujo de Monteserín.)

* * *

Yo me moriré, y la noche
triste, serena y callada,
dormirá el mundo á los rayos
de su luna solitaria.

 Mi cuerpo estará amarillo,
y por la abierta ventana
entrará una brisa fresca
preguntando por mi alma.

 No sé si habrá quien solloce
cerca de mi negra caja,

ó quien me dé un largo beso
entre caricias y lágrimas.

 Pero habrá estrellas y flores
y suspiros y fragancias,
y amor en las avenidas
á la sombra de las ramas.

 Y sonará ese piano
como en esta noche plácida,
y no tendrá quien lo escuche
sollozando en la ventana.

Juan R. Jiménez.

Los filósofos desconocidos.

WLADIMIRO SOLOVIOV

(MUERTO EN 1900)

Al Dr. Viriato Díaz Pérez.

M. Lopatine ha considerado á Soloviov como el primer filósofo verdaderamente ruso. Algo de verdad hay en esta exageración. Soloviov es filósofo sin sistema de filosofía propiamente dicho, y uno de sus méritos principales consiste en haber extendido en Rusia la filosofía crítica y la teoría del conocimiento. El misticismo, y el criticismo y aun el kantismo, son los elementos principales de su filosofía. El criticismo de Soloviov tiene, sin embargo, en Rusia más discípulos que su misticismo, lo que se explica fácilmente por el carácter científico que dió á este último.

En la filosofía de Soloviov pueden distinguirse tres principios: 1.º, la idea de la espiritualidad interior del ser; 2.º, la idea de la unidad absoluta; 3.º, la idea del Hombre-Dios. Soloviov admite en todo ser la existencia de lo que él llama «perfección divina»: la comprensión interior de Dios. Es esta una concepción subjetiva, y al mismo tiempo trascendental. El espíritu absoluto, la armonía y la unidad son los principios de toda cosa. Para Soloviov Dios es el *acto puro*, la sabiduría, el fin del Universo; la religión un sistema de conocimiento, una metafísica *positiva*. Quiere unificar la conciencia interior con la observación exterior, y considera al mundo espiritual, no como un término abstracto, sino como algo concreto, real y positivo. El misticismo de Soloviov no condena la concupiscencia de espíritu. Según él el conocimiento místico debe estar siempre en relación con todas las demás formas del conocimiento, con la filosofía y con las ciencias positivas. Soloviov ha

creado lo que pudiéramos llamar *realismo místico*.

La metafísica de Soloviov abarca los elementos éticos, estéticos é intelectuales, sin excluir las percepciones sensoriales. El espíritu solo, creando *a priori* ideas, no puede servir de base á la ciencia. La síntesis de nuestras ideas *a priori* y de nuestras sensaciones, puede constituir la ciencia. Soloviov es teósofo. Para él la «teosofía libre» es la síntesis de la teología, de la filosofía y de las ciencias positivas.

En estética, Soloviov distingue lo bello en la naturaleza y lo bello en el arte. En lo bello de la naturaleza están los fundamentos necesarios de la filosofía del arte. Lo bello es siempre una idea simbolizada por una forma concreta: lo bello es la más alta expresión de la existencia.

Soloviov ve la salud del mundo en el cristianismo *primitivo*, que es en sus orígenes el judaísmo regenerado. El cristianismo primitivo es para Soloviov lo que fué la substancia absoluta para Spinoza, el yo absoluto para Fichte, la voluntad para Schopenhauer. El dualismo en las creencias es una quiebra moral. Sólo la reunión de las Iglesias sobre las bases primitivas del cristianismo puede cambiar el actual estado de cosas.

Soloviov considera la humanidad como un gran ser colectivo; un organismo social, en que las naciones representan los miembros vivos. Desde este punto de vista, ningún pueblo sabe vivir en sí, por sí y para sí, puesto que la vida de cada uno no es más que una participación determinada de la vida general de

la humanidad. En la función orgánica que cada pueblo debe cumplir, en esta vida universal está la verdadera idea nacional.

Soloviov considera á la humanidad, según antes dijimos, como un organismo; pero no como organismo puramente físico, puesto que los elementos que entran en su composición—individuos y naciones—son para él seres morales. La condición esencial de todo ser moral es que la función particular que está llamado á cumplir en la vida universal, no se imponga jamás como una necesidad material, sino solamente como una obligación moral. En tanto que en los seres inferiores la vida de la especie domina á la vida del individuo, en los seres superiores la individualidad puede y debe nacer libremente y llegar á la más alta perfección sin servir á los fines materiales del proceso vital. En las grandes creaciones intelectuales—religión, ciencia, moral, etc.—, el hombre se manifiesta á la vez como conciencia individual y como conciencia universal. Sólo en el mundo biológico teme el hombre á la verdad abstracta. Y esta verdad, cuando se apodera de su yo y le hace comprender la nada del egotismo, se llama *Amor*. La fuerza del hombre está allí. Cada ser particular—individuo, clase ó nación—, en tanto que se afirma por sí aislándose de la totalidad humana, persigue la verdad, y la verdad, si vive en nosotros, se manifiesta como justicia. De este modo, después de haber reconocido la solidaridad universal como verdad, después de haberla practicado como justicia, la humanidad regenerada podrá presentirla como su esencia interior y gozar plenamente del amor y de la libertad.

El verdadero bien social está en la solidaridad—la justicia y la paz universal—: el mal social no es otra cosa que la solidaridad violada. La vida real de la humanidad nos presenta una triple violación de la solidaridad ó justicia universal: 1.º, cuando una nación atenta á

la existencia ó libertad de otra; 2.º, cuando una clase de la sociedad oprime á la otra; 3.º, cuando el individuo protesta contra la sociedad ó cuando el Estado oprime al individuo. Soloviov se revuelve contra la pena de muerte. La pena de muerte es, no solamente contraria á los principios de la moral, sino que es la negación del derecho humano. Aun desde el punto de vista del bien general, la sociedad no debe privar al individuo de la vida, ni siquiera de la libertad indefinidamente. Las legislaciones que admiten la pena capital, los trabajos forzados y la reclusión á perpetuidad, no pueden ser justificadas por el derecho jurídico.

El bien general sólo es general porque comprende á todos los individuos sin excepción; de otro modo no sería el bien de todos, sino el bien de la mayoría. Soloviov no admite que el bien general sea la simple suma aritmética de todos los intereses particulares tomados separadamente, ni que abrace la esfera de libertad ilimitada de cada individuo, lo cual sería una contradicción, sino que limitando los intereses personales, el bien general no puede suprimir al hombre libre. El bien general abarca de este modo el bien individual, y cuando priva al individuo de la vida ó de la libertad de acción; es decir, de la posibilidad de gozar de algún bien, este bien conviértese en ficticio.

Es difícil discutir en este terreno con Soloviov. Su filosofía, mejor dicho, su «moral suprema», es la comprensión interior de la idea divina. ¿Pueden todos los hombres llegar á adquirir esta comprensión divina? Sí, responde Soloviov con la máxima de Kant: «Tú debes; por consiguiente, tú puedes». Aspirar hacia la idea de un ser superior vale tanto como poseer esta idea.

Soloviov busca la manera de conciliar el *espíritu* con las *facultades sensoriales*; no niega el «amor material»; pero su amor, el «amor puro», de que están impregnados sus escritos, se parece mucho á los amores extrahumanos. La ma-

yor fuerza de Soloviov se encuentra en su método afirmativo. Cuando nos hallamos en presencia de un fenómeno que nuestra inteligencia no puede explicar, la razón ni niega ni afirma. Soloviov, como todos los místicos, afirma. *Credo quia absurdum*, decía San Agustín.

En vano buscaremos en el misticismo de Soloviov una forma de la obsesión ó de otro fenómeno físico. El trabajo de la imaginación se perfecciona alguna vez á través de esa luz sutil que el espíritu cree operación del entendimiento ó comunicación extraterrestre. Las imágenes excitadas aparecen frecuentemente más maravillosas de lo que se cree y re conociendo una causalidad extrínseca superior al hombre. Las imágenes interiores se declaran con tanta vivacidad, que determinan excitaciones parecidas á las que provienen de realidades externas. Estas excitaciones no pasan al estado patológico hasta que destruyen el equilibrio entre la razón y las sensaciones.

Soloviov encuentra que este equilibrio ha sido siempre perfecto; ignora el éxtasis; se diría que su misticismo es el resultado de su razón y no de su «percepción religiosa interior». La imagen de una fuerza superior, la necesidad de lo sobrehumano, aparécese generalmente al individuo aislado de sus semejantes, replegado en sí mismo, en tanto que Soloviov está siempre en contacto con la «sociedad». Casi siempre la potencia de la idea religiosa amortigua los demás estados intelectuales.

En Soloviov no se da ese caso. Su actividad cerebral es, hasta su muerte, de un extraordinario vigor. Soloviov no es devoto ni piadoso, en el sentido dogmático del término. Su misma abstinencia material no nos la explica por el misticismo, puesto que reconoció no haberse abstenido por completo jamás. La abstinencia metódica no determinada por el

misticismo, nos puede dar la llave de todos los fenómenos místicos. Una causa cualquiera cambia sus efectos sobre el organismo, según el procedimiento ó el modo de aplicación. Soloviov no es un neurasténico, ni un alucinado; es simplemente un *contemplativo*. En los contemplativos la acción cerebral prevalece sobre la de los sentidos externos y les hace tomar los efectos de la memoria por las sensaciones reales. Soloviov fué educado por una familia piadosísima de panslavistas, y desde la infancia su memoria se impregnó de imágenes religiosas reales y abstractas.

Sin razón se considera frecuentemente á Soloviov, en Rusia, como un discípulo de Hegel. Soloviov es un platónico, en el sentido ideal del término. Teísta en su concepción del «principio de las cosas», Soloviov es panteísta en sus ideas sobre el proceso del mundo como «unidad absoluta». Monista en su comprensión principal del sentido interior de los fenómenos, es dualista en su presentación de las fuerzas fundamentales de la vida humana. Optimista por su evaluación del sentido general de la existencia, es pesimista en su apreciación de las condiciones positivas del desarrollo de la humanidad. Místico en sus enseñanzas sobre el carácter intuitivo de nuestro conocimiento inmediato de la entidad divina, es racionalista en su juicio sobre los problemas teóricos de la filosofía. Idealista y espiritualista en su manera de especular la esencia interior de las cosas, no niega totalmente el realismo, puesto que para él el tiempo, el espacio, la causalidad eterna, no son solamente visiones de nuestra conciencia, sino que les atribuye una eficacia relativa independiente de nuestros sentidos. Tal como se presenta, con sus contradicciones y sus ideas indeterminadas, Soloviov es uno de los primeros pensadores contemporáneos.

Pedro González-Blanco.



EN LA
HOSTERÍA
DEL
LAUREL

(Sitio de la acción: Un local largo y profundo de forma irregular. Sobre las mesas que ocupan la habitación, jarros de metal y loza. La vacilante luz de un farol que pende del techo, hace bailar la sombra de los cachibaches, sobre las paredes encaladas y blancas. Sentado pesadamente en una silla, apoyados los codos sobre una mesa y la cabeza oculta entre las manos, Christófano Buttarelli ronca beatíficamente. Un gato negro y lustroso duerme también muy esponjado y orondo junto á Buttarelli. Tocan á visperas en un convento cercano. Las campanadas, calmosas y lentas, se pierden vagorosamente en el espacio. De pronto resuena en las losas de la calle el trote fatigoso de una cabalgadura. El trote se va acercando paulatinamente, acompañado de los sonoros ronquidos de Buttarelli. Pausa de breves minutos. En la puerta de la hostería dan dos golpes secos y metálicos. El gato despierta despaorido; enarca el espinazo, y huye. Buttarelli sigue roncando. Otros dos golpes dados fuertemente y con más apremio, despiertan por fin al hostelero, que, desperezándose, se dirige hacia la puerta.)

BUTTARELLI

¿Quién será á tales horas, Santa Madona? (Alto.) ¿Quién va?

DON QUIJOTE (fuera).

Abrid al caballero andante más famoso de estos reinos, al desfacedor de

agravios más nombrado, que llega, tras larga caminata, á las puertas de este castillo, en demanda de seguro asilo para una cita perentoria.

BUTTARELLI

Ma che imbroglio è questo? (Alto) Excelencia, esta vivienda no es castillo, sino lo famosa y nombrada Hostería del Laurel. Si queréis beber ó comer...

DON QUIJOTE (fuera).

Abrid en buen hora, follón, ó al punto derribo estas puertas al esfuerzo de mi brazo.

BUTTARELLI

¡Che feroce!

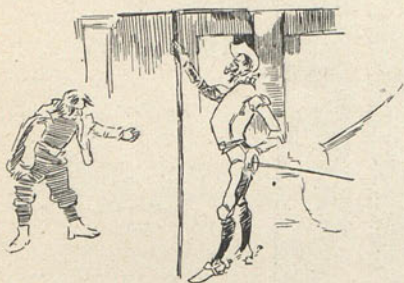
(Franquea la entrada. Primero asoma la punta de un lanzón, luego la escuálida y amojamada figura de D. Quijote. La luz arranca brillantes y doradas chispas del yelmo de Mambrino que cubre la cabeza del famoso hidalgo manchego. Buttarelli se muestra estupefacto ante la presencia de tan extraño personaje. Los ojos asustados de Christófano van de la original coraza del caballero á la rodela que embraza fuertemente y á la dorada bacía que lleva en la cabeza, y bien claro demuestra el hostelero que le chocan tales arreos y tal personaje.)

DON QUIJOTE

Decidme, castellano: ¿A este lugar suele concurrir D. Juan Tenorio?

BUTTARELLI

Excelencia: el valiente y rumboso D. Juan Tenorio no viene por esta hos-



tería hace largos años, desde una sonada noche de Carnaval, que fué preso por una ronda de alguaciles.

DON QUIJOTE

Conozco la historia de la apuesta con Mejía...

BUTTARELLI

Otro cumplido caballero...

DON QUIJOTE

¡Otro malandrín!

BUTTARELLI

Pagaban D. Juan y D. Luis como príncipes. Yo no debo hablar mal de ellos, excelencia.

DON QUIJOTE

Me place que no haya equivocado el sitio de la cita. Este es el castillo del Laurel que me indicó...

BUTTARELLI

La hostería del Laurel querréis decir. Mi casa, desgraciadamente, no es castillo...

DON QUIJOTE

Si esta mansión es hostería ó castillo, ó hay en todo ello cosas de encantamientos, ya lo averiguaré; porque habéis de entender que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre el *Caballero de la triste figura*. Sólo el demostraros que nada temo, ha sido causa de que sepáis mi nombre antes de toda sazón.

BUTTARELLI

¡De la *Triste figura*!

(Buttarelli hace grandes esfuerzos por

contener la risa que hincha sus carrillos plebeyos.)

¿Y el *Caballero de la triste figura* quiere tomar alguna cosa?

DON QUIJOTE

Cualquiera yantaría yo, porque, á lo que entiendo, me haría mucho al caso.

BUTTARELLI

En vinos, hay Sorrento, Lacryma, Borgoña... Viandas, las que apetezcáis.

DON QUIJOTE

Sólo os pido me sirváis un poco de queso y Cariñena. ¿Hay Cariñena?

BUTTARELLI

Hay también Cariñena. (*Aparte.*) ¡Mal parroquiano!

(Buttarelli desaparece por una puerta que comunica con el interior de la hostería; sale al poco rato con un trozo de queso y una botella y un vaso, que coloca en una mesa del fondo, á la cual se sienta ceremoniosamente D. Quijote. Buttarelli sirve de mala gana al hidalgo manchego. D. Quijote come con gran trabajo por faltarle muelas y dientes.)

DON QUIJOTE

Cuando llegue D. Juan Tenorio...

BUTTARELLI

¿Va á venir esta noche á mi casa don Juan?

DON QUIJOTE

Estamos citados. Presumo que acudirá diligente á la cita...

BUTTARELLI

¡Oh, ya lo creo!... Vendrá... Vendrá... y de ello me alegro muchísimo.

DON QUIJOTE

Bueno. Cuando llegue D. Juan Tenorio, tengo que platicar cosas graves y reservadas con él, y deseaba que nadie estuviese presente durante nuestro coloquio.

BUTTARELLI

Nadie estará, excelencia. D. Juan ha-ce siempre en mi casa lo que le viene en gana...

DON QUIJOTE

No esperaba otra cosa de vuestra magnificencia y liberalidad, señor mío.

BUTTARELLI

Gracias. (*Aparte.*) El otro pagará por los dos...

(Buttarelli se retira discretamente á un lado. D. Quijote sigue comiendo queso y bebiendo á pequeños sorbos Carinena. Suenan pasos en la calle. Al poco rato llaman suavemente en la hostería. Buttarelli se dirige rápido á la puerta y abre. En el dintel aparece la arrogante figura de D. Juan. Viene embozado hasta los ojos en fastuosa capa roja. Airosa gorrilla de flotante pluma cubre su cabeza. La contera de su larga espada levanta graciosamente la rueda de su capa. Párase un momento; distingue á D. Quijote y se dirige hacia él. Buttarelli se deshace en genuflexiones y reverencias. D. Quijote, al ver á D. Juan, se levanta, apercibe el lanzón, y apoyándose en él, espera á D. Juan Tenorio.)

DON JUAN (*desembozándose*).

¿Sois, por acaso, D. Quijote de la Mancha?

DON QUIJOTE

El mismo.



DON JUAN

Os había conocido.

DON QUIJOTE

¿Y vos sois D. Juan Tenorio?

DON JUAN

Sí.

DON QUIJOTE

Os había adivinado.

DON JUAN

Puesto que tenemos que platicar, sentémonos si os place.

DON QUIJOTE

Sentémonos.

DON JUAN

¡*Christófano, vieni qua!*

BUTTARELLI

A vuestras órdenes, D. Juan. Tengo una satisfacción inmensa al volveros á ver por mi casa.

DON JUAN

Gracias. Excusad ceremonias, y para mostrarme tu aprecio, baja á la cueva y tráeme la botella del Lacryma más añejo que tengas.

BUTTARELLI

Al momento. (*Vase.*)

DON JUAN

D. Quijote: aquí tenéis á D. Juan Tenorio, que acude á vuestra cita, por si queréis algo de él.

DON QUIJOTE

D. Juan: vuestra detestable conducta y la disipada vida que lleváis, hanme movido á criticaros, con arreglo á las rígidas leyes de caballería que profeso. Sé que os burlasteis de mis palabras, y esto me obligó á daros la presente cita para retaros á descomunal batalla.

DON JUAN

Me hacéis reir, D. Quijote... ¡Provocarme á mí!...

DON QUIJOTE (*poniéndose en pie, livido de cólera*).

¡D. Juan!...

DON JUAN (*levantándose muy despacio, pero con aire decidido*).

¡D. Quijote!

BUTTARELLI (*apareciendo con la botella de Lacryma*).

Excelencias, no gritéis, por la Santa Madona, que rondan con frecuencia la hostería los alguaciles. (*Aparte.*) Estos mueven hoy aquí el gran escándalo, y me van á dar un disgusto.

(D. Quijote y D. Juan se sientan nuevamente.)

DON JUAN (*tranquilo*).

¿Y puede saberse, caballero andante, quién os metió en esta peligrosa aven-

tura? Mejor será que emprendáis nuevamente el viaje á la Mancha y me dejéis en Sevilla entendiéndome con los sevillanos.

DON QUIJOTE

A no mirar por mi decoro de caballero andante, que me obliga á retaros frente á frente, ya hubiera hecho un estrago en vos, D. Juan. ¿Creéis, por acaso, que puedo tolerar la vida disipada que lleváis?

DON JUAN

¿Y quién sois vos para mezclaros en mi vida?

DON QUIJOTE (con arrogancia).

D. Quijote, el desfacedor de agravios y sinrazones. ¿Osáis que no os llegue á denostar, cuando por dondequiera que fuisteis fué el escándalo con vos? ¿Qué habéis hecho en Italia, D. Juan? ¿Cuántas personas habéis matado en riña?

DON JUAN

Treinta y dos. Nueve más que Mejía.

DON QUIJOTE

¿Cuántas mujeres han sido burladas por vos?

DON JUAN (con petulancia).

Setenta y dos. Diez y seis más que Mejía. Eran ellas de todas castas y condiciones, pero hembras hermosísimas. Creédmelo, D. Quijote.

DON QUIJOTE

Ya os obligaré á confesar que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

DON JUAN

¿Puede saberse cuándo me arrancáis tal confesión?



DON QUIJOTE

En el momento que caigáis vencido á mis pies y la punta de mi lanzón esté sobre vuestro pecho.

DON JUAN

¿Vencido? .. ¡Muy largo me lo fiáis!

DON QUIJOTE

¡No tan largo, D. Juan, no tan largo! (Tenorio se ríe irónicamente). ¿Es cierto, D. Juan, que, según confesión propia, atropellasteis la razón, escarnecisteis la virtud, burlasteis á la justicia, vendisteis á las mujeres?...

DON JUAN (interrumpiéndole).

Cierto... ciertísimo.

Yo á las cabañas bajé;
yo á los palacios subí;
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.

DON QUIJOTE

¡Basta!... ¡Basta!... Si á tales desaguisados se unen los últimos actos de vuestra vida, comprenderéis, D. Juan, por qué he venido desde la Mancha, á retaros, profesando, como profeso, la Orden de la caballería.

DON JUAN

No como disculpa, que nunca las buscó D. Juan, sino porque así me place, os diré que los últimos actos de mi vida no tienen derecho á juzgarlos los que no los comprenden ni se los explican.

DON QUIJOTE

¡Donosa contestación!.. Poco tienen que entender. ¿No fuisteis vos quien, por lo que osasteis, dejó imposible á doña Ana de Pantoja para su prometido don Luis Mejía, á quien mandasteis cobardemente maniatar por unos villanos? ¿Está bien hecho esto? ¿Tiene explicación vuestra conducta?

DON JUAN

Era punto de apuesta. Iba en ella la vida. Después le solté y reñí con él cara á cara.

DON QUIJOTE

Y al Comendador, ¿cómo le matásteis?

DON JUAN

De un pistoletazo. No tuve otro remedio. Le supliqué en vano. Mejía, que me

esperaba para reñir, se presentó de improviso y complicó aquella situación violentísima para mí. D. Gonzalo murió porque tuve el don de la oportunidad. Además, el Comendador no procedió en tal momento con toda la hidalguía que se supone. No se presentó á buscarme él solo, como es costumbre entre caballeros. Venía, según me, advirtió Ciutti, con gente armada.

DON QUIJOTE

Bien cuadra en vos, D. Juan, ese flaco discurso; mas no me suspende ni admira vuestro modo de pensar, cuando osasteis entrar en el panteón donde reposan vuestras víctimas para denostarl

DON JUAN

No hay tal. Fui á visitarlas en calidad de amigos. Además quise deleitarme, durante una hermosa noche, en cosa hecha á mis expensas. Mi buen padre había gastado todo su caudal en el dichoso panteón. No creáis, D. Quijote, que me dolí ni me duelo de ello; sigo juzgando magnífica la idea del panteón...

DON QUIJOTE

No lo neguéis, D. Juan. Habéis denostado á vuestras víctimas.

DON JUAN

Os repito nuevamente, D. Quijote, que no. La prueba de que entré en tal recinto como amigo, es que convidé á cenar al Comendador.

DON QUIJOTE

No sigáis en vuestras burlas, D. Juan. Yo me holgaré mucho después de mi victoria sobre vos (*Tenorio se sonríe*), de visitar piadosamente á todas esas víctimas para decirles vuestra humillación. Y contad, D. Juan, que allá he de ir, pues tengo para mí que corta es la jornada; pero aunque el panteón estuviera á muchas millas, gustara de caminarlas á trueco de hacer la buena obra de desagraviar de vuestros insultos á los que allí reposan.

DON JUAN

Desistid de vuestro intento, D. Quijote; es imposible...

DON QUIJOTE

¿Por qué?...

DON JUAN

Porque he mandado edificar el palacio de mis mayores encima del panteón.

DON QUIJOTE

¡Vive el cielo!... ¿Habéis cometido tanta profanación?

DON JUAN

He cumplido lo que en memorable noche prometí al escultor, que se despedía de sus estatuas.

DON QUIJOTE (*haciendo ademán de levantarse*).

Salgamos pronto de aquí, D. Juan, pues se me está encendiendo la cólera al oír vuestras sinrazones, y no respondo de mi paciencia. ¡Aparejaos á recibir pronta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras!

DON JUAN (*con ironía*).

Sosieguese su merced D. Quijote, que para todo hay espacio... ¡hasta para re-



ñir! Antes de salir he de enterarme si debo cruzar mi espada con la vuestra

DON QUIJOTE (*fuera de sí y con los bigotes erizados de ira*).

¡Dudar de mi hidalguía y calidad! ¡Salgamos pronto, D. Juan! ¡Agraviar de este modo á las armas que yo velé un día en famoso castillo, y que me ciñeron nobles damas!... ¡Salgamos!...

DON JUAN (*con la mano puesta en la espada*).

Teneos un punto, D. Quijote, y no soltéis la lengua...

DON QUIJOTE

¡Agraviar así á D. Quijote! ¡Al caballero sin miedo y sin tacha!...

DON JUAN

Sin miedo, puede admitirse; pero sin tacha...

DON QUIJOTE

¿Qué decis, D. Juan!

DON JUAN

Lo que estoy dispuesto á probar.

DON QUIJOTE (*con estupefacción*).

¡Lo que estáis dispuesto á probar!

DON JUAN

Sí, D. Quijote. ¡Qué duda cabe!

DON QUIJOTE

Holgárame de verlo.

DON JUAN

Vos, D. Quijote, en vuestras salidas en busca de aventuras, os propusisteis un fin malo y nada caballeresco.

DON QUIJOTE (*con vehemencia*).

¡Mirad, D. Juan, lo que afirmáis!

DON JUAN

Mirado está, y mantengo lo dicho. Sí, D. Quijote. Os propusisteis vivir á costa del prójimo. Yo, por dondequiera que fui, me acompañó el escándalo; vos, por dondequiera que vais, va la trampa.

DON QUIJOTE (*ciego de cólera*).

¡D. Juan! ¡D. Juan!

DON JUAN (*con decisión*).

Tened calma para atender mis razones, como yo la he tenido para oír las que me habéis enderezado. Con vuestra primera salida dió comienzo vuestra primera trampa...

DON QUIJOTE

¡Pese á mi alma que tal oigo!

DON JUAN

Decid si no: ¿con qué pagásteis al buen ventero que os recibió en su casa, y debido á vuestra demanda os armó caballero?

DON QUIJOTE

A tan noble castellano le pagué con agradecimientos y buenas razones.

DON JUAN

¡Bonita paga, D. Quijote! Después de tal comportamiento, no se me alcanza cómo os atrevisteis á intervenir en la querella entre Juan Haldudo y su criado Andrés.

DON QUIJOTE

Porque Haldudo debía la soldada de su criado y era de justicia que le pagase.

DON JUAN

¡Pero si vos os comportabais lo mis-

mo que Haldudo siempre que se os presentaba la ocasión!

DON QUIJOTE (*contrariado*).

¡No tanto, D. Juan, no tanto!

DON JUAN

¡Decis que no?... ¡Por qué mantearon á Sancho en la famosa venta, que por vuestro mal imaginasteis era castillo? Pues porque vuestra merced, D. Quijote, con el lanzón terciado, os salisteis por las puertas, sin pagar...

DON QUIJOTE

Sí que me salí sin pagar, pero al san-
dio del vertero le dije las razones de mi determinación.

DON JUAN

¡Vaya unas razones, D. Quijote! «Que no podíais contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sabíais de cierto que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciera».

DON QUIJOTE

Así es verdad, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incomodos de la tierra.

DON JUAN

Eso dijisteis en tal sazón y tiempo, porque así convenia á vuestros designios de marcharos sin pagar.

DON QUIJOTE

Me agraviáis, D. Juan. Yo siempre sustenté las mismas ideas.

DON JUAN

No, D. Quijote. Echáis en olvido lo que arengasteis á unos cabreros en cierta ocasión. «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*.

DON QUIJOTE

¿Y qué, D. Juan?

DON JUAN

Que en aquellos siglos dorados no existían caballeros andantes que sufrieran las penalidades de que hablais, y, sin embargo, os alborozabais al recordar que los hombres que entonces vivían ignoraban las palabras *tuyo y mio*...

DON QUIJOTE

¡Basta ya, D. Juan! ¡A vuestra vida disoluta, que quiero castigar, unís los denuestos para mi persona!... ¡Salid, D. Juan, y riñamos!

DON JUAN

Por ahora no pienso cruzar mi espada con la vuestra.

DON QUIJOTE (con ironía).

¿Para cuándo aplazáis nuestra contienda?...

DON JUAN

Para el momento que paguéis vuestras deudas... Recorred los lugares por donde anduvisteis; abonad los reales que habéis dejado á deber..., y después venidme á buscar y me encontraréis dispuesto á todo. ¡Yo no riño con un hombre que tiene en la Mancha fama de mal pagador!

DON QUIJOTE

No lo neguéis, D. Juan. Tenéis miedo al empuje de mi brazo. Yo vine al mundo para resucitar una nueva era...

DON JUAN

No lo dudo, D. Quijote: la era del mico... Esa la habéis resucitado. En España la deuda impera por todas partes. Tamaña gloria os pertenece, D. Quijote. Habéis sido el paladín de la trampa andante.

DON QUIJOTE

¡D. Juan, sois un...!

(D. Quijote se contiene y no pronuncia el insulto que asoma á sus labios.)

DON JUAN

¡Lo dicho, dicho, D. Quijote! Así que paguéis vuestras deudas, venidme á buscar y reñiremos. En tanto no paguéis, no os haré caso.

Lo que sí he de advertiros es que dejéis de mezclaros en mi vida,

pues como vivió hasta aquí
vivirá siempre D. Juan.

DON QUIJOTE (fuera de sí).

¡Malandrin!... ¡Follón!... ¡Cobarde!!

(D. Juan se levanta y mira de frente con altanería á D. Quijote, después de soslayo, y, por fin, se marcha con aire arregante y fanfarrón. Al llegar á la puerta se detiene, llama á Buttarelli, y le larga un bolsón lleno de dinero. Christófano hace genuflexiones y reverencias extremadísimas. A los pocos momentos se pone en pie D. Quijote y se dispone á salir.)

BUTTARELLI (acercándose)

Excelencia, me debéis tres reales..

DON QUIJOTE

¿Desde cuándo se cobra en los castillos la hospitalidad?

BUTTARELLI

En los castillos no se cobra lo que se come y bebe; pero en las hosterías sí...

DON QUIJOTE

¿Pero esta vivienda no es castillo?

BUTTARELLI

Ya os advertí antes y os repito ahora, que esta es la famosa hostería del Laurel...

DON QUIJOTE

Engañado anduve al tomar la hostería por castillo; pero he de anunciaros que los caballeros andantes no pagamos nada, pues todo se nos debe de fuero...

BUTTARELLI

Nada tengo que ver, excelencia, con la orden de caballería á que os dedicáis, y á mí tenéis que pagarme los tres reales...

DON QUIJOTE (iracundo).

¡¡Villano!!

(Enristra D. Quijote el lanzón y arremete contra Buttarelli. Christófano, asustado, al esquivar el golpe da un traspies y cae. El lanzón coge por delante una silla y la desvencija. A los pocos momentos se pierde á lo lejos el trote borroso de Rocinante.)

BUTTARELLI (levantándose trabajosamente)

¡Vaya un caballero andante!

Camilo Bargiela.



GUSTAVO FLAUBERT

I

El arte literario ha sido definido muchas veces en nuestros días como constituyendo por sí mismo un fin, y también como representante del consuelo y del goce en la vida. Por no citar sino dos nombres, muy distintos pero menos divergentes, el uno del otro, de lo que comúnmente se cree, por su espíritu, que es el espíritu del mundo moderno, sólo diremos que la tesis que proclamaban Teófilo Gautier y sus discípulos, es también la tesis á que tiende el pesimismo de Schopenhauer. La originalidad de Flaubert consiste en estar dotado del último fervor que caracteriza á los convencidos, á los fanáticos, y este ardor de su convicción le hace buscar las consecuencias lógicas de su principio de arte con una nitidez que ningún otro ha podido igualar. De su correspondencia podría sacarse un código completo de las reglas que debe seguir el novelador. La primera de estas reglas es la que constantemente se repite en esta correspondencia: la impersonalidad, ó, para usar del lenguaje de los estéticos, la objetividad absoluta de la obra. Se comprende

esto fácilmente; el fondo de la anterior teoría del Arte por el Arte es el miedo y el desprecio de la vida. El artista debe ante todo huir de sí mismo y evitar introducirse en su propia obra. Flaubert es desde este punto de vista un intransigente. «No importa, escribía á Jorge Sand, que el artista sea más interesante que Flaubert. puesto que es más complejo.» Y luego: «Creo que no debe mostrarse en la novela cólera ni indignación. El artista no ha de procurar aparecer en sus obras más de lo que Dios aparece en la Naturaleza.» Y en su novela *L'Education Sentimentale*, hablando de un trabajo de historia que hace uno de sus héroes: «Se sumergió en otras personalidades que es el único modo de no sufrir la suya». Llevando esta regla de impersonalidad hasta sus últimos límites, prohíbe al artista deducir consecuencias, porque el deducirlas es mostrar una opinión, y mostrarla es entrometerse en la obra. «Ningún gran poeta, dice, ha sacado consecuencias. ¿Qué pensaba Homero? ¿Qué pensaba Shakespeare? No se sabe....» Prohíbe también al novelista el empleo de un personaje simpático, porque en la preferencia siempre hay defi-

nición de la personalidad. Al tratar de la imposibilidad que el escritor debe observar ha pronunciado palabras de conmovedora elocuencia. Volviendo á dar su comparación de Dios y de la Naturaleza decía: «El autor en su obra debe ser como Dios en el Universo, presente en todas partes y en ninguna visible. Siendo el arte una segunda naturaleza, el autor de esta naturaleza debe obrar análogamente. Que se advierta en todos los átomos una impassibilidad oculta é infinita. El efecto para el que lee debe ser de estupor.» También decía—y conste que citó al acaso : «¡Nada de lirismo, nada de reflexiones, el autor debe estar siempre ausente...! La personalidad sentimental será la que más tarde hará suponer pueril una buena parte de la literatura contemporánea... Cuanto menos se siente una cosa más á propósito se está para expresar cómo es en su generalidad y desprovista de todos los contingentes efímeros...» Y dominando á todos estos preceptos reclama una continua inspección sobre su propio esfuerzo; la desconfianza de esa especie de enervamiento que los necios llaman inspiración... «Es preciso escribir con frialdad, dice. Todo debe hacerse friamente, pausadamente. Cuando Louvel quiso matar al Duque de Berri tomó un vaso de horchata y no falló el golpe. Era una comparación del pobre Pradier que me ha gustado siempre. Tiene una alta enseñanza para el que la sepa comprender...»

II

Sus libros no han sido otra cosa que ideas puestas en práctica. Escogía los asuntos sistemáticamente, abstrayendo de su existencia, y con tonalidades completamente antitéticas, á sus preferencias, á sus gustos, á su carácter, á toda la atmosfera de su espíritu. Nada más significativo en este punto que *Madame Bovary*, la cual hizo época en la historia de la novela francesa y sirvió de punto de partida á toda la evolución naturalista. ¡Qué contraste entre esta *novela anatómica* y las circunstancias de terrible exaltación en que fué compuesta! Flaubert se había retirado al campo cerca de Rouen, á casa de su madre, la casa blanca de Croisset, antigua morada de recreo de una congregación religiosa. Vivía allí de un modo que justificaba sus placeres acostumbrados. «Soy el último de los Padres de la Iglesia...» ¡Era joven, rico, libre y sólo se ocupaba de

sus libros y de llenar las blancas cuartillas apasionadamente, infatigablemente! Durante la semana trabajaba seis horas diarias y la recompensa de aquel incomparable prosista, era recibir el Domingo la visita del poeta Luis Bouilhet con el cual leía en voz muy alta á Ronsard y á Rabelais.

De ordinario estas ocupaciones son en un hombre de su edad señal de una ambición, tanto más violenta cuanto que hacía ya tiempo que se colmara. En una página excelente de autobiografía, Balzac, hablando de su juventud y del trabajo á que estaba condenado, confiesa haber tenido esas mezquinas ambiciones que hacen soñar al artista con ser en el mundo rico, ilustre y amado. «Iba á vivir dice, de pan y de leche, como un solitario de la Tebaida, en medio de este París tan bullicioso, esfera de trabajo y de silencio, en la cual, como la crisálida, me desenvolvía para resucitar brillante y glorioso. Iba á exponerme á la muerte para asegurar la vida...» Gustavo Flaubert no entreveía, á través de su paciente trabajo, quimera alguna de lujo, de amor y de gloria. Fué un Ideal muy intelectual el que se propuso realizar con entero menosprecio del éxito anterior: «Yo atiendo á otra cosa mejor que al éxito, declaraba á un amigo; atiendo á darme gusto. Tengo metido en la cabeza un estilo especial para escribir, una gentileza de lenguaje que quiero llegar á poseer: he aquí todo.» Y con una benignidad, que es el rasgo característico del novelista normando: «Cuando yo creía recoger el fruto, me veo obligado á venderle, á no ser que lo disputen los compradores si es bueno. Mas si en esta época ya no ha lugar, porque la gente está hastiada, tanto peor.»

Poco le importa que los compañeros de su juventud lleguen á la notoriedad mientras él sigue desconocido: «Si mi obra es buena, si es verdadera, repercutirá su eco, alcanzará celebridad dentro de seis meses, de seis años, ó después de la muerte, ¿qué importa?...» «Jamás llegaré muy lejos; pero el camino que he emprendido lo seguirá otro y podré ver á un sucesor mío, de mejores dotes y condiciones... ¿Y quién sabe? La casualidad da á muchos gran fortuna. Estando bien persuadido del arte que se profesa y perseverando se llega á ser estimado...» Abried ahora á *Madame Bovary*; ¿qué encontráis en ella? El cuadro escrupuloso de las costumbres más violentas y contrarias á la pura y valerosa existencia de un joven Fausto encerrado en

su celda. No hay dentro de las escenas descritas en esta implacable novela más que espíritus mediocres, pasiones mezquinas, inteligencias fracasadas, sensibilidades ruines; una deplorable legión de almas grotescas por encima de las cuales se levanta la sonrisa imbécil del boticario Homais, de este burgués grande á fuerza de necedades. Flaubert obtuvo el efecto enervante que había soñado. Esta prosa implacable, alternativamente coloreada como una flamante pintura, tallada en mármol como una estatua griega, rimada como una frase musical, se emplea para representar seres tan deformes que la aplicación de la obra del genio á la vileza de las gentes admira, desconcierta, casi daña. ¿Qué piensa el autor de aquellas miserias que examina tan tímidamente y que en tan admirable lenguaje expresa? Jamás lo sabréis. La ruindad de los personajes, la sociedad en que están producidos, las enfermedades morales de que son víctimas son cosas sobre las que Flaubert se guarda bien de dar opinión. El libro se presenta á nuestros ojos con toda la crudeza de su realidad, como un objeto de la naturaleza. Se conserva á sí mismo, según quería Flaubert, «por la fuerza íntima del estilo, como la tierra sin sostén alguno, se conserva en el aire...» En estos términos anunciaba su obra. Podrían servir de epígrafe á esta novela de costumbres provincianas, lo mismo que á la novela de costumbres cartaginesas *Salambó*, que á la novela de historia contemporánea *L'Education sentimentale*, que á la epopeya mística *Tentation de Saint Antoine*, que á la sátira contra las tonterías modernas que se titula *Bouvard et Pecuchet*, que á la magnífica trilogía *Trois Contes* que une en un mismo libro los infortunios de una criada normanda, la leyenda piadosa de San Julián el Hospitalario y la Degollación de San Juan Bautista. Diríase que el artista literario ha cumplido el programa que formulara en sus epístolas á J. Sand: «Escribir es no poseerse...»

III

He dicho «diríase», porque si en Gustavo Flaubert estuviesen en perfecta conformidad su actividad de artista con todo el vigor de sus teorías, y se impersonalizase completamente, absolutamente su obra, no estarían impregnadas sus novelas de ese sabor melancólico, penetradas de esa tristeza que nos las hace tan amables. Y aquí se presenta la

oportunidad de hacer constar una vez mas esta gran ley de todas las creaciones de arte. Lo que hay de esencial, de mejor, de vivido en ellas, no es lo que el artista ha imaginado, sino el elemento inconsciente que allí depositó, las más de las veces sin saberlo, y algunas á despecho suyo. Aún más: es preciso considerar esta inconsciencia, no como humillación para el artista, sino como un engrandecimiento de su tarea y una recompensa de otro trabajo: el de haber ejercido influencia, no sólo en su obra, sino en su mismo espíritu. Este don de escribir en el libro más cosas de las que uno en sí mismo siente, y de llevar más lejos su ambición por el resultado, sólo está reservado á los genios del sufrimiento y de la sinceridad, que llevan consigo el rico tesoro de una grande, valerosa y desinteresada experiencia. Tan es así, que Cervantes compuso el *Don Quijote* y Daniel de Foë el *Robinson*, sin sospechar que allí retrataban, el uno todo el heroico valor de España, y el otro toda la energía solitaria del anglosajón. Si durante muchos años no hubiesen practicado ellos mismos estas virtudes, el primero la caballeresca empresa, el segundo la invencible paciencia, sus novelas hubiesen sido lo que ellos querían, simples narraciones de aventuras. Pero sus almas valían más que su arte y han animado este arte dándole la virtud del simbolismo, que es la vida de las obras. Ahora bien; el alma de Flaubert vale más también que su estética, y esta alma que él ha infundido, á pesar suyo, en sus páginas, es la que le asegura un lugar elevado en la historia de la novela francesa contemporánea. Recordad, en efecto, *Madame Bovary*, que él ha pretendido componer con entera objetividad, é inquirid la cualidad que ha hecho que se considere á este libro, según confesión de los críticos más descontentadizos, como uno de los mejores. No es la exactitud del documento. Encontraréis en tal ó cual proceso referido por la *Gaceta de los Tribunales*, noticias bastante precisas sobre las costumbres de provincia. No es la dificultad que el autor ha debido vencer para describir en estilo tan magistral una anécdota vulgarísima hasta no más. Los gratísimos dichos de los personajes, el relieve de la frase que muestra los objetos como en un lente, la corrección de la sintaxis, que jamás se permite una repetición de palabras, una asonancia, un hiato, todas estas habilidades del arte llegarían á dar una impresión de artificio y de

violencia contra la que seguramente se hubiese puesto en guardia Saint-Beuve. No. Lo que realza esta vulgar aventura hasta la dignidad de símbolo; lo que transforma esta narración de los defectos de una pequeña burguesa mal unida á una *punzante elegía humana*, es que el autor no ha podido á despecho de su doctrina renunciar á sí mismo. Ha escogido un argumento domiciliado en los antipodas de su mundo moral, lo ha expuesto con unidad y sin hacer reflexiones; ha conservado á cada uno de sus personajes en una situación de indiferente imparcialidad, no ha juzgado, no ha sacado consecuencias, porque su visión de la vida lo realza demasiado. La dolencia que él sufre, este abuso de pensamiento que le pone en desproporción con su medio ambiente, con su tiempo, con toda acción, involuntariamente, intuitivamente, lo comunica también á sus héroes. Es el pensamiento mal comprendido, guardado por un falso ideal, por una literatura inferior; pero es el pensamiento que precipita á Emma Bovary en sus culpables experiencias, y todo el libro aparece como una violenta y furiosa protesta contra la destrucción originada por la diferencia entre los sueños imaginativos y la suerte de una criatura rigurosamente vulgar, pero demasiado fina, demasiado delicada para el ambiente que respira. Y este mismo tema del peligro, del sueño y del pensamiento, se sostiene desde el principio hasta el fin en *L'Education sentimentale*, de la cual podría haber dicho Flaubert, con más justicia que de *Bouvard et Pecuchet*, «que era el libro de sus venganzas». Esta misma cuestión se suscita en *Salambó*, adonde la discordia entre la imaginación y el pensamiento se muestra con la misma violencia en las almas bárbaras que en las civilizadas. Este mismo argumento subsiste en la *Tentation de Saint-Antoine*, en donde la inteligencia y la fantasía pugnan de nuevo entre sí, esta vez con un alma creyente que agoniza de dolor, de tal modo que este hombre razonable y adoctrinado que siempre intentó ser impasible, impersonal y frío, se encuentra con que ha considerado como motivo de sus libros el mal que sufre, la imposibilidad de ajustar su vida á su pensamiento y á sus ilusiones. Sólo que en este personaje su pensamiento y su sueño llegan al *máximum*, al revés de las otras novelas, en las que sus doctrinas de arte le han hecho escoger seres cuyos pensamientos y fantasía lleguen al

mínimum; y esto mismo da un carácter especial á sus libros. Por eso sentimos sus visiones continuas, su reserva voluntaria, la suficiencia de sí mismo, todo un mundo de emociones que nos transmite. Creo que es Diderot el que ha dicho en una de sus divagaciones estéticas esta admirable frase: «Un artista siempre es más grande por lo que deja entender que por lo que expresa.» Flaubert se quiso hacer, por el contrario, eminentemente expresivo, y, sin embargo, ninguna obra mejor que la suya justifica esta frase del estético: ¡tanta verdad es que los hombres somos, siguiendo una antigua comparación, los manufactureros de un tapiz, del cual sólo vemos el anverso y cuyo dibujo ignoramos!

IV

Cuando se considera á Gustavo Flaubert como un romántico fuera de su centro, arrojado por las circunstancias á las más intransigentes teorías de arte, y no obstante, conducido por la instintiva necesidad de su genio interior á impregnar sus libros de trágica melancolía intelectual, se da uno mejor cuenta de las razones que han hecho de él un jefe de escuela inconscientemente y á pesar suyo. De muy buena fe, en 1875, cuando triunfaban sus discípulos Zola y Daudet, escribía él á Jorge Sand. «A propósito de mis amigos, añadís vos: *mi escuela*. Pero mi carácter me impide tener escuela. *A priori* me someto á todas. Los que veo muchas veces y vos me indicáis, buscan todo lo que yo desprecio y se inquietan vulgarmente por lo que á mí me atormenta...» Aun aquí, Flaubert no media el alcance de su obra. Discípulo de los maestros en 1830, llegaba á la literatura francesa en el momento preciso en que esta literatura se dividía en las dos tendencias que resumen los dos genios de la mitad del siglo: Victor Hugo y Balzac. Con Hugo nacía una literatura nueva, toda color y forma, que llevaba hasta el extremo de la virtuosidad, el talento de *pintar con palabras*. Con Balzac se arribaba á la novela de *inquisición científica*, y casi del mismo modo, la una y la otra escuela, habían manifestado que su peligro positivo era, en la una, la insuficiencia del pensamiento, y en la otra, la insuficiencia del estilo. Lo que hizo de la publicación de *Madame Bovary* un acontecimiento de importancia capital, una época, por decirlo así, en la histo-

ria de la novela francesa, fué la unión de las dos escuelas en este mismo libro, semejante en forma plástica á las más bellas páginas de Hugo y Gautier; comparable en lucidez analítica á los magistrales capítulos de Balzac y de Stendhal. Esta concentración de las dos tendencias del siglo del romanticismo y de la ciencia, no la había buscado Flaubert. Su teoría del Arte por el Arte le condujo á esta concentración por un juego de lógica, del cual estuvo admirándose toda la vida. Se sabe que sufrió constantemente los elogios tributados al realismo de *Madame Bovary*. Era su anhelo sistemático de la impersonalidad que haciéndole invisible al objeto, le había llevado á este rigor de análisis exacto. Habiendo tomado el partido de escoger como objeto de su primera novela un asunto vulgar y común, se había encontrado con que tenía que componer un estudio de costumbres y componerlo en una prosa excelente, su prosa. Esto fué para sus contemporáneos una revelación. El artículo de Saint-Beuve en sus *Lundis*, el de Baudelaire en su *Art romantique*, son monumentos tan asombrosos, que al punto fecundizaron y produjeron sucesivamente los libros de los hermanos Goncourt, los de Emilio Zola, los del Alfonso Daudet y los de Guy de Maupassant, por no citar en la novela francesa contemporánea nada más que artistas indiscutibles. Una novela que tenga por asunto la verdad cotidiana, «la humilde verdad», como decía Maupassant en *Une vie* — una no-

vela capaz de contribuir á la historia de las costumbres, como un proceso político — y esta novela escrita en una prosa llena de colorido y plasticidad científica, con lo que los Goncourt llaman (bárbaramente por lo demás), una escritura artística; tal es el programa trazado en *Madame Bovary*, programa que han intentado aplicar, sucesivamente, siguiendo su carácter, los miniaturistas enervados de *Renée Mauperin*, el poderoso visionario de *L'Assommoir*, el cronista sensible del *Nabab* y el gran cuentista de *Pierre et Jean*. Flaubert, el poeta lírico, hijo de un médico, viviendo durante mucho tiempo en un hospital, todo lo encontró en sí mismo: la síntesis del romanticismo y de la ciencia. Se hallaba pronto á sentir en sí y á traducir en sí, él, el ardiente idealista, enterado de todas las miserias de una capital de provincia, la reacción de la literatura contra la vulgaridad reinante, que es una de las formas de la rebelión contra la democracia. En fin, por esto permanece aún vivo entre nosotros y en nuestros días; á pesar de las nuevas tendencias de la literatura francesa, ha dado á los escritores el más magnífico ejemplo de amor apasionado y exclusivo por las letras. Con sus largos años de paciente escrúpulo y de concienzuda atención, su desprecio admirable del dinero; de los honores, de los éxitos efímeros, con su valor en proseguir hasta la exageración sus ilusiones y su obra, se nos representa como uno de los héroes de la intelectualidad.

Paul Bourget



Dibujo de Marin.